

RECUERDOS TENEBROSOS DE MI INFANCIA

La parroquia de Nuestra Señora de La Luz, cuya iglesia estaba al principio de la calle Pérez Muñoz, de la Isleta, muy cerca del Castillo de La Luz, estuvo regentada por el Presbítero Don Antonio Mayor y Mayor, quien culminaría su carrera eclesiástica como Canónigo de la Catedral de la diócesis de Canarias en Las Palmas.

Recuerdo a este cura como un hombre alto, fornido, y con voz tonante.

Y también recuerdo algunas de sus actuaciones, que me impactaron sobremanera durante mi infancia. Hasta el punto que medio siglo después todavía siguen en mi memoria.

Me estoy refiriendo a la violencia fanática con la que se ensañaba en la persecución de los protestantes.

1.- FUERA, FUERA PROTESTANTE

El párroco Don Antonio Mayor, recorría la Isleta tirando una pelota de tenis por las esquinas para que los niños la recogieran. Una estampa bendita era el premio de quien la traía.

Así iba de esquina en esquina reuniendo niños y se los iba llevando hacia la Puntilla hasta la Iglesia Protestante sita en la calle Pajonales 5.

Aquí inducía a los niños a hacer mucho ruido y a cantar el “Fuera fuera protestante” para impedir que los evangélicos llevasen a cabo sus cultos, además de exhibir el poder que tenía para perseguir y amedrentar a quien no pensaba como él.

Para contrastar este recuerdo con otra fuente fidedigna, envié mi texto a la atención de un viejo amigo, Plutarco Bonilla, gran helenista y Profesor Universitario en Costa Rica, que me aportó el siguiente testimonio:

Cuando yo era niño, los evangélicos se reunían en dos localidades distintas: una, cerca del Parque Santa Catalina, en la calle Luís Morote; la otra, en la calle Pajonales Nº 5, en La Isleta.

Mientras nos reuníamos en el primero de esos lugares, en realidad no tuvimos mayores problemas en relación con lo que considerábamos nuestro templo. Pero en un determinado momento (no puedo determinar la fecha ni las razones), tuvo que cederse el local a sus dueños, y se unificó la congregación en la calle Pajonales. Yo fui testigo —e incluso colaboré en los arreglos, en lo que me era posible, pues era adolescente— de cómo fue creciendo la congregación y el templo. Puesto que era una casa de habitación, habilitada como templo, fueron quitándosele paredes y reforzando el techo.

Pues bien, en una época difícil, allí sucedieron varias cosas dignas de recordar. Un cura (tampoco puedo precisar si se trataba de don Antonio Mayor o de algún otro; probablemente fueron varios que se turnaban) solía ir cerca del templo con un grupo de muchachos a quienes incitaba contra nosotros. Esto sucedía solo a la salida de los cultos de la noche, entre semana. Los chiquillos iban provistos de un clavo y de latas llenas de agujeros con los bordes sobresalientes. Cuando terminaban los cultos, se apostaban en las cuatro esquinas de la calle por la que teníamos que pasar (hacia el Este, pues en la otra dirección estaba el mar y una factoría de pescado) y se dedicaban a rasgar la lata con los clavos, con lo que hacían mucha bulla, con intención de burla y desprecio, acompañada de algunos insultos. Entre estos estaban los que metían en el mismo saco a “ateos comunistas, masones y protestantes”. Que yo recuerde, nunca hubo violencia.

Como al lado de lo que nos servía de santuario había un patio, en ocasiones tiraban piedras o espinas de pescado. Gracias a Dios, aparte de la molestia nunca hubo que lamentar ningún otro daño.

Un cura tuvo la ocurrencia —por no decir el descaro— de plantarse exactamente al lado de la puerta de entrada a la casa-templo, y se quedaba allí, casi en posición de firme, hasta que se iba el último de los participantes en el culto. En vista de que esta práctica se repetía, un día llevé una cámara fotográfica y, al terminar el culto, le pedí a una pareja de la iglesia que se colocara junto a la puerta. Mi interés no era fotografiar a esa pareja, sino al cura. Conservo esa fotografía como testimonio de una época que, ojalá, nunca vuelva.

Una vez, al llegar nosotros a nuestro lugar de culto (que por virtud del régimen franquista no podía tener fachada de templo) lo encontramos precintado, con lo que se nos impedía ingresar a él. Luego nos enteramos, por los trámites que hizo el misionero, que el gobernador tuvo que ir a Madrid, y tan pronto despegó de Maspalomas el avión en que viajaba, el teniente de gobernador, incitado por el clero, mandó precintar el templo. Y apenas regresó el gobernador, se quitó el precinto.

Esta información ha sido completada por mi hermano Ambrosio, añadiendo que él fue testigo de haber visto hasta cinco curas delante de la puerta de la iglesia evangélica de la calle Pajonales. Que en su opinión, algunos de estos curas eran buenas personas y se veían compelidos a realizar tal labor de hostigamiento a los protestantes, contra su voluntad, cumpliendo órdenes de su Obispo Antonio Pildain y Zapiain.

Y además me ha enviado una copia de la mencionada foto, con la advertencia de que no estoy autorizado a publicarla, sin consentimiento previo de su autor, Plutarco.

2.- LOS PLÁTANOS MADUROS

En aquellos tiempos de hambre, don Antonio Mayor no escatimaba ardides para captar y engatusar feligreses.

En la calle Faro, frente a la fachada oriental del Grupo Escolar Generalísimo Franco, había una tienda que vendía plátanos.

Ya se sabe que los plátanos que han quedado en Canarias para el consumo local no eran los de calidad superior. Eran los que no superaban la «marca». Esto es, los de calidad inferior, que no podían ser exportados, y por tanto se dedicaban al consumo interior isleño.

Por el calor y el tiempo algunos se maduraban bastante.

Don Antonio Mayor solía pasar por la tienda y compraban algunas manillas de esos plátanos muy maduros, a bajo precio.

Luego obsequiaba a los niños de la catequesis con uno de esos plátanos, o bananas, como se dice hoy en día.

Los niños quedaban encantados con el plátano que devoraban a toda prisa.

Entonces Don Antonio conducía a sus niños aplatanados ante la casa donde se reunían los protestantes para celebrar sus cultos. Casa a la que todos nos referíamos como El Culto, ejecutando una mistura de sinécdoque y metonimia, sin saber que estábamos haciendo tropos.

Así reiteraba la práctica ya citada, en la cual los niños hacían mucho ruido y cantaban el “Fuera fuera protestante” para impedir que los evangélicos realizaran sus lecturas y ceremonias.

3.- EL ENTIERRO DEL PADRE DE SUSO

En la calle Saucillo vivía con su padre, su madre y hermanos, un joven que conocíamos con el nombre de Suso, el cual por enfermedad en sus caderas, andaba con muletas. En la década de los cincuenta, murió el padre de este muchacho, y de su entierro D. Antonio Mayor hizo todo un espectáculo.

Bastante antes de la hora prevista para la salida del féretro, llegaron unos desconocidos que se situaron delante de la casa de Suso por delante de los amigos y vecinos de la familia del fallecido asistentes al entierro. En una acción paralela coordinada la Policía a la cual la gente seguía denominando Guardia de Asalto (“los grises”, antecedente de la Policía Nacional actual) acordonaron la zona cerrando las calles de acceso a Saucillo con sus vehículos oficiales.

A la hora prevista para la salida del entierro, se presentó Don Antonio Mayor, jadeando tras subir la cuesta de la calle Pérez Muñoz, acompañados por sus acólitos y la parafernalia de la Cruz alzada.

Ante su aparición, la multitud que se había acumulado en la calle Saucillo, se apartó abriéndose hacia las aceras, en una reacción similar a la de las escenas cinematográficas de enfrentamiento entre pistoleros.

Don Antonio Mayor, jadeante, manifestó que venía a llevarse el féretro, alegando que el fallecido era católico y tenía que ser enterrado como católico.

Se aproximó a la puerta de la vivienda e intentó entrar.

Suso, atravesado en la puerta con su hermano Paco, se opuso diciendo:

- *¡Sus servicios aquí no han sido solicitados!*

Don Antonio Mayor le gritó:

- *¡Entro y más que entro!*

El cura hizo una señal a tres personas que aguardaban detrás, como a unos 5 metros, y éstos se acercaron a Suso.

En un tono amable (justo lo contrario del empleado por el cura) uno de ellos le dijo:

Por favor, permitan la entrada. Yo puedo firmar una orden y no podrán impedir que se entre.

Suso rompió a llorar, y junto con su hermano, dejó franco el paso a su casa, apartándose de la puerta.

[Por su forma de proceder el señor que habló con Suso, debía haber sido el juez del Puerto.

Y sus dos acompañantes debían ser funcionarios judiciales o policiales.]

Don Antonio Mayor entró en la casa y sacaron el féretro.

Actuaban de portadores, dos hermanos del difunto que iban por la parte de los pies, y otros dos individuos, uno de ellos conocido como el Palillo

Este muchacho, flaco y alto, domiciliado en la calle Artemi Semidan 51, cuya casa quedaba entre las calles Fontanales y Guayedra, era huérfano de Santiago Medina Hernández, quien había sido fusilado con 27 años de edad, el 19 de enero de 1940, acusado de desertor, por haberse pasado en el frente al bando republicano, durante la guerra civil.

En esa misma fecha, 19 de enero de 1940, y por la misma acusación, había sido fusilado Manuel Plácido Suárez Cerpa, vecino de Tecén 22 cerca de la esquina con Gordillo, dejando viuda a su esposa María Soledad Díaz Saavedra, que era hermana de mi padrino Manolo Díaz, propietario de una famosa barbería ubicada frente a la Plaza de España en La Isleta.

Al salir cargando el ataúd, se produce una escena tragicómica.

Los dos hermanos estaban situados como para caminar hacia el Oeste, en dirección a la Plaza de España (el lugar donde estuvo la Casa del Pueblo que fue volada por los franquistas después del Alzamiento).

El Palillo y el otro porteador estaban virados hacia el Este, como para caminar en dirección hacia Pérez Muñoz.

El señor que se comportaba como juez, indicó con el dedo índice de su mano derecha que había que caminar en dirección hacia el Este, y los dos hermanos del difunto se giraron.

Entre los asistentes estaban juntos mis hermanos Miguel y Ambrosio.

Miguel exclamó: *¡A esto no hay derecho!*

Y mi hermano Ambrosio le advirtió:

¡Cállate, que hasta las paredes oyen!

La comitiva caminó calle abajo hasta la iglesia de La Luz, donde Don Antonio Mayor ejecutó el oficio católico de difuntos, mientras los protestantes asistentes permanecieron sobre la acera del bar de Emeterio, situado a medio centenar de metros de la puerta de la iglesia.

Este bar era oficialmente conocido como “bar aquí te espero”, ya que ese era el rótulo que tenía en la fachada, y en lo alto de su pared interior sobre una mano de yeso con el dedo índice extendido hacia abajo, aunque todos los vecinos nos referíamos a dicho local, como el bar de Emeterio, pues este era el nombre su propietario.

Terminado el oficio religioso católico, el cortejo fúnebre se encaminó hacia el cementerio del Puerto.

Cuando llegaron a éste se encontraba cerrado, porque ya se había superado la hora de entrada.

Salió el sepulturero protestando porque ya había terminado su jornada de trabajo. Pero cuando vio al señor que se comportaba como juez, se movió raudo; de tal modo que, como se dice en nuestra lengua canaria, «las patas le llegaban al culo».

No puedo precisar la fecha exacta de este triste espectáculo.

Pero por el testimonio de mi viejo amigo en Costa Rica, debió ser antes de abril de 1955, ya que él no lo recuerda, y esa es la fecha en que partió de Canarias.

Este es su testimonio al respecto

Yo no recuerdo este acontecimiento. Ni siquiera sé si estaba en Canarias. En abril de 1955 yo había salido para Costa Rica, y no regresaría, por primera vez, sino diez años después.

Con esta fecha que aporta Plutarco, y otra facilitada por mi hermano Ambrosio, el campo de búsqueda se reduce al tiempo transcurrido entre 1953 y abril de 1955, lo que nos facilitará su datación exacta.

Mi hermano Juan, dos años más joven que yo, también lo recuerda alrededor de esos años, cerrando el intervalo algo más, acotándolo entre 1954 y 1955, y añadiendo el testimonio personal del propio Suso.

4.- LA QUEMA DE LUTERO

En la calle Fontanales, una transversal de la calle Pérez Muñoz, que estaba situada por debajo de la mitad de esta calle, vivía un protestante.

Una tarde noche el cura Don Antonio Mayor y Mayor se presentó con los niños de la catequesis ante la casa de este hombre, y montó un muñeco de paja, al que puso un cartón en el que había escrito la palabra LUTERO.

Y luego le prendió fuego, celebrando con los niños de la catequesis una especie de ceremonia medieval.

Aportación de Plutarco:

Tengo vago recuerdo de esto, pero no puede precisar ni fecha ni lugar. Probablemente me lo contaron.

5.- LA VIRGEN MARÍA SEGÚN ANTONIO MAYOR Y MAYOR

Para acabar con mi percepción del negro personaje Antonio Mayor y Mayor, tengo otro recuerdo más difuso.

En nuestra casa, o en casa de mi abuela Micaela, tuve en mis manos un opúsculo publicado por este cura, que versaba sobre la Virgen María.

Por esas fechas yo sabía bastante de Liturgia y Culto Católico, porque nos lo había enseñado nuestro Profesor de Religión, el pacífico cura Don Santiago Cazorla. Y entre otros temas, nos había explicado los diferentes tipos de culto:

1. Culto de Dulía. El que se tributa a los ángeles y a los santos.
2. Culto de hiperdulía. El que se tributa a la Virgen.
3. Culto de latría. El que se tributa a Dios.

Mi recuerdo consiste en lo siguiente:

Después de leer el opúsculo, el enaltecimiento de la figura de la Virgen María realizado por Don Antonio Mayor era de tal magnitud, que yo llegué a la conclusión de que el autor casi la ponía como Dios.

De todos modos, una constante del Catolicismo es el desmedido enaltecimiento de la Virgen.

Por eso hay tantas advocaciones y puntos de encuentro por “milagros”: Lourdes, Fátima, etc.

Y el Papa recientemente fallecido era un constante mentor de la Virgen.

Aportación de Plutarco:

No, no leí ese opúsculo, precisamente, aunque sí otros. La conclusión fue la misma, sobre todo, por una razón importante: a pesar de la distinción de los tres tipos de culto (latría, hiperdulía y dulía), tal distinción se quedaba siempre en el plano teórico, pues la gente del pueblo no tenía ni idea de ello, ni se le enseñaba eso desde los púlpitos de las iglesias. La consecuencia lógica era que el pueblo asumía (y en gran medida sigue asumiendo) una actitud idolátrica.

Sí recuerdo que, con ocasión de la inauguración de una Sección de la Biblioteca de la Universidad de Salamanca (sección a la que le pusieron el nombre de don Miguel de Unamuno), Monseñor Pildain y Zapiain (no estoy muy seguro de los acentos de estos apellidos, pues quizás eran Pildain y Zapiain) publicó un folleto con el rimbombante título de “Miguel de Unamuno, hereje máximo y maestro de herejías”. Algunos protestantes hacíamos comentarios socarrones diciendo que nos alegrábamos muchísimo, ya que eso significaba que Martín Lutero había dejado de ser el “hereje máximo”.

- - - - -

Después de escrito ésto, Plutarco me remitió un texto adicional, que corrobora otro recuerdo difuso de mi infancia, del que asimismo fue protagonista el cura Antonio Mayor y Mayor.

He hilvanado el testimonio remitido desde Costa Rica con mi recuerdo, y lo he plasmado así:

6.- MULTITUDES FRENTE A LA TIENDA DE UN EXIMIO PROTESTANTE

El cura párroco de La Luz, Antonio Mayor y Mayor, organizaba desfiles procesionales por la Isleta, que aprovechaba para seguir su hostigamiento a los protestantes.

En la esquina inferior al poniente del cruce de las calles Artemi Semidán y Osorio, tenía su tienda, comercio de ultramarinos, Gregorito Bonilla con su mujer Matildita.

Gregorito era un hombre menudo, muy trabajador y solícito, que dedicaba cuanto tiempo tenía libre, - que no era mucho porque una tienda de comestibles exige mucha dedicación -, para leer su Biblia, un libro muy sobado por el uso.

El cura solía parar a la multitud asistente a su desfile procesional justamente en dicho cruce de calles.

Se subía a la azotea de la casa situada en la esquina opuesta en diagonal a la casa de Gregorito. Y desde allí arengaba a la gente, Esta se tragaba todo lo que el representante de la Iglesia Católica Apostólica Romana en la Isleta, soltaba por su boca, denostando a los Protestantes, aunque muchos de los asistentes sabían que eran mentiras, porque conocían a muchos protestantes con los que tenían relación y trato.

El cura decía barbaridades como éstas:

- Los protestantes quieren comprar las almas con un par de sábanas.

Y entonaba coreado por la multitud la siguiente cancioncilla:

Fuera, fuera protestantes; fuera, fuera de la nación, que queremos ser amantes, del sagrado Corazón.

* * * * *

Estas imágenes de mi infancia y pubertad, constituyen unos recuerdos de un pasado tenebroso, que no se me han borrado.

Al rememorarlos hoy con 63 años de edad, siento un dolor lacerante, similar al que sentí en aquellos momentos.

Yo era católico practicante en esas fechas. Y vivía en la casa situada en la esquina Pérez Muñoz-Perchel, que por esta calle estaba identificada con el número 16, y por Pérez Muñoz tenía el número 65 (hoy reenumerado 77), donde transcurrió mi infancia y juventud.

Pedro Medina Sanabria

Abril de 2006

Santa Cruz de Tenerife